

para echarlas de nuestras ciudades? ¿Les hemos impedido fortificarse y recibir refuerzos?

»Dejad que vuestros enemigos y los nuestros se ocupen miserablemente en decir que nos ha detenido el miedo. Siempre hemos apreciado mucho la vida de los ingleses. Los ingleses son hijos de nuestros progenitores, habiendo estrechado los lazos de la amistad nuestras continuas relaciones con aquellos, nuestros beneficios recíprocos. Al comenzar las hostilidades, al ser atacados por un capricho de vuestras tropas, hemos rechazado el ataque, y la fuerza con la fuerza, doliéndonos empero de lo mismo que necesariamente hacíamos, mas no hemos sabido regocijarnos de una victoria conseguida sobre los ingleses¹.

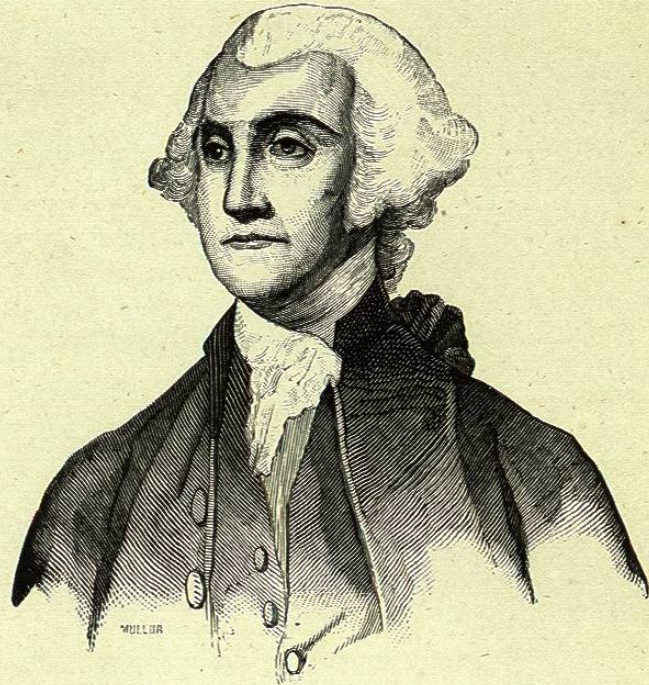
Al través de esas líneas se descubre la decision y dignidad con que se ofrecian los colonos á la faz de Inglaterra, á saber, con una peticion en una mano, y con una espada en la otra, dejando á la metrópoli la libertad de elegir entre el derecho y la fuerza.

No bastaba resolver la creacion de un ejército, ni decretar una emision de asignados para sostenerle, único medio de que podia echar mano el Congreso en un país que se sublevaba por habersele impuesto tributos; sino que era preciso poner al frente de aquel ejército á un hombre de ánimo suficientemente resuelto para exponer su honor y su vida en semejante empresa, y que fuera al propio tiempo bastante digno de consideracion que le aceptaran todas las colonias hasta aquel entonces antitéticas, ó poco menos, en intereses y aspiraciones. Entre los norteamericanos habia algunos jefes de milicia que se habian distinguido en la guerra del Canadá, mas, ninguno habia adquirido renombre, ni podia compararse con los generales ingleses. En todas aquellas guerras Inglaterra tuvo muy pocas consideraciones, así al valor de las milicias coloniales, como á la pericia de sus oficiales, lo cual era una causa constante de descontento en todas las guerras habidas contra los franceses.

En la eleccion de general, movió al Congreso una idea política. La Virginia era la mas importante de las colonias del sud, por su antigüedad, poblacion, riqueza é influencia. En ella se apoyaban los Estados del centro, mas pacíficos que los colonos de Massachusetts². Pues bien: tomar de aquella colonia un general, y atraerse de esa suerte la confianza de Virginia, era para Massachusetts una medida sumamente hábil al par que justa. Por otra parte, la Vir-

¹ Pitkin, tom. I, pág. 332.

² Curtis, tom. I, pág. 42.



WASHINGTON.

ginia ofrecia á América un hombre cuyo carácter era universalmente apreciado, como quiera que en el Congreso de 1774, se habia dado á conocer por su energía y virilidad. Ese hombre era el coronel Jorge Washington. John Adams de Machassussets, propuso conferirle el mando.

En 15 de Junio de 1775, Jorge Washington fué nombrado por unanimidad general en jefe de todos los ejércitos organizados, ó por organizar, para la defensa de las colonias, con un sueldo de 500 dollars mensuales. No hubo rivalidad ni celos en el Congreso, como en lo sucesivo no se suscitaron tampoco en las Colonias. Desde ese día América reconoció por jefe á Washington, quien mereció y tuvo hasta el fin la confianza del país.

¿Quién era ese hombre que tanto iba á descollar en la historia?

Jorge Washington tenia entonces cuarenta y tres años. Nació en Virginia en 11 de febrero de 1732. Su bisabuelo, John Washington, era un hidalgo inglés que, ochenta años antes habia ido á establecerse en Virginia. Su educacion fué modesta. No le ocuparon otros estudios que el de la Geometría, trigonometría y topografía. Su madre, á quien nuestro héroe amaba con ternura singular, no habia querido hacer de él un marino; de ahí que se dedicó á la agrimensura, profesion que en América tiene un carácter particular desconocido en el antiguo mundo. En América, en un país en que el desierto retrocede siempre, el agrimensor es el peon de la civilizacion, que recorre el desierto, le descubre y le mide, abriendo así nuevos horizontes á la colonizacion¹. En tiempos de Washington los agrimensores tenian que entablar algunas relaciones con los indios, en lo cual, prescindiendo del peligro, no dejaba de haber su parte maravillosa y poética.

Tal fué la primera educacion de Washington, quien en su vida no supo otro idioma que el inglés. Nunca recibió instruccion clásica, y aunque durante la guerra de la revolucion acabó por comprender mas ó menos á los militares franceses, nunca pudo hablar ni escribir el idioma de éstos².

Pero si faltó á Washington la vida especulativa, compensóle su falta una vida eminentemente activa, aprendiendo más en los hom-

¹ «De un mes á esta parte, escribe Washington en 1748, no he dormido cuatro noches en cama. Ando todo el día, y por la noche me pongo junto al fuego echado sobre un poco de paja ó heno, ó en una piel de oso, al lado del marido, de la mujer y de los hijos, como perros y gatos, considerándose dichoso aquel que puede alcanzar el rincón de la chimenea.» (Lord Mahon, tom. VI, pág. 46.)

² *Life of Wash.*, by Jared, Sparks, tom. 10.

bres que en los libros. Gran viajero por el desierto, cazador escelente, oficial de milicias despues y gran propietario, se acostumbró, jóven aun, á querer y á obrar. La voluntad y la acción son cosas de que generalmente carecen los hombres demasiado civilizados. «No quiero que mis monjes lean, decia san Francisco de Asis, que así no predicarán.»

A ese espíritu de acción debemos que Washington se aficionara desde luego al servicio militar, comenzando á labrar su reputacion militando al lado de aquellos mismos ingleses contra quienes posteriormente habia de combatir.

Recuérdese que en 1754 su encuentro en el valle del Ohio con el capitán Jumonville fué causa del primer rompimiento que decidió la guerra de los Siete años.

En 1775 era ayudante del general Braddock, en aquella expedición del valle del Ohio en que los canadienses derrotaron á Braddock, y en que éste se hizo matar con un arrojó estéril. El comandante Washington, único oficial montado que no fué muerto ni herido, recibió cuatro balazos en el uniforme, habiéndole muerto además dos caballos que sucesivamente habia montado durante la acción. No obstante, gracias á su valor, serenidad y concimiento del terreno pudo reunir los restos del ejército de Braddock, halagando con eso el amor propio de los norteamericanos, quienes en secreto se felicitaban de que en una derrota de ingleses un miliciano de su país se hubiese portado como un héroe.

Por ese hecho el jóven Washington, pues, solo tenia veinte y cuatro años, fué nombrado coronel y comandante de todas las fuerzas de Virginia. En el ejercicio de su mando se granjeó el cariño y respeto de todos los oficiales, quienes le tributaron un elogio en que se hace justicia á los méritos de un hombre que á los veinte y siete años tenia ya las cualidades de un viejo soldado.

Se retiró del servicio en 1755, para casarse con una jóven viuda, miss Marta Custis, que le trajo á la vez que felicidad, una inmensa fortuna, siendo ya muy respetable la de Washington. Aquella señora tenia dos hijos de su primer matrimonio á quienes adoptó Washington. De ese segundo enlace no hubo sucesión. Marta Custis sobrevivió á su segundo marido, quien amó siempre á su esposa con mucha ternura; de suerte que Washington tuvo la

¹ Curtis, tom. I, pág. 45.—Lord Mahon, tom. VI, pág. 46.

² Curtis, tom. I, pág. 47.

cualidad bastante rara de ser á la vez grande hombre, escelente hijo y buen marido.

En el mismo año en que contrajo matrimonio Washington se trasladó á Williamsburg para tomar asiento en la asamblea. La Cámara habia resuelto dar un voto de gracias al coronel. Así es que, en cuanto se hubo Washington sentado en el banco, M. Robinson tomó la palabra, y con la elocuencia propia de un abogado y con el entusiasmo de un amigo, felicitó al jóven coronel por los señalados servicios que habia prestado al país.

Washington se levantó para contestar, pero sus mejillas se tiñieron de carmin, tartamudeó, tembló, y se cortó. El buen Robinson le sacó del apuro.

—Sentaos, señor Washington, dijo aquel sonriéndose: vuestra modestia iguala á vuestro valor; ella habla con mas elocuencia que mis palabras.

Así inauguró Washington su vida política; tal fué su primer discurso, y, en realidad de verdad, si en lo sucesivo habló mejor, nunca habló mucho más. A propósito de lo cual dice Jefferson: «Jamás he oido que el general Washington ó el doctor Franklin hablaran mas de diez minutos consecutivos, así como siempre los he oido concretarse á la cuestion principal, convencidos de que el conocimiento de los incidentes ó casos particulares se desprendia del fondo del discurso. Creo, añade Jefferson, que si los miembros de las asambleas observaran esa regla, adelantarian mas en un dia que en una semana.»

Ha habido generales tan poco elocuentes como Washington; pero la diferencia entre Washington y la mayor parte de los generales consiste en que aquel fué siempre un personaje civil, un ciudadano, en la mas hermosa acepción de la palabra. Nunca dió mas importancia á la espada que á la toga. La guerra en su concepto, era solamente una crisis que se debia atravesar, no comprendiendo ni queriendo otra cosa que la libertad. Aunque Washington hablara poco, no tenia aversion á los que hablaban, y apreciaba á los declamadores que defienden los derechos de un país.

Desde 1760 hasta 1773 Washington estuvo en su hermoso dominio de Mont-Vernon cuando no desempeñaba el cargo de diputado; pero en cuanto vió amenazada su patria, se le halló siempre en el primer puesto para salvarla. Por largo tiempo abrigó la con-

¹ *Memoirs*, tom. I, pág. 50, (edición de 1829.)

fianza de que Inglaterra tendría el buen sentido de cejar en sus pretensiones ante la eventualidad de un rompimiento, mas el día en que vió frustradas sus esperanzas, afilióse resuelto al partido de la independencia.

El nombramiento para general en jefe de los ejércitos coloniales le sorprendió. En la única carta, que ha llegado hasta nosotros, de las que escribió á su esposa, dice á ésta, que hizo cuanto estaba de su parte para declinar aquella honra, «no solamente porque deseaba estar á su lado y en el seno de la familia, sino por la convicción de que era aquella una carga harto pesada para su capacidad. Pero, añade Washington, puesto que parece que el destino me lo exige, espero que mi aceptación debe dar algun resultado feliz, y por tanto pongo toda mi confianza en la Providencia, que hasta ahora me ha conservado y protegido.»

Al día siguiente de su nombramiento, Washington se levantó, para dirigir al presidente estas palabras:

«Estoy profundamente conmovido por el honor que se me hace, pero siento una inquietud indescriptible. Conozco perfectamente que mi talento y esperiencia militar pueden no corresponder á la grandeza é importancia de la mision que se me confía. Sin embargo, puesto que el Congreso lo desea, acepto ese deber árduo, y haré cuanto pueda para el servicio del Congreso, y en apoyo de una gloriosa causa. Tenga á bien el Congreso recibir un cordial voto de gracias por ese evidente testimonio de su aprobacion.»

»Pero si algun acontecimiento desgraciado pudiera en lo sucesivo empañar mi reputacion, suplico á todos los miembros de esta asamblea que se acuerden de que hoy declaro con toda sinceridad que me reconozco muy inferior á la dignidad con que se me honra.

»En cuanto al sueldo, sepa el Congreso que ningunas consideraciones pecuniarias me habrian hecho aceptar ese espinoso cargo en perjuicio de mi bienestar y felicidad doméstica; por consiguiente no quiero percibir nada de mi empleo. Llevaré cuenta exacta de mis gastos. No dudo que el Congreso los satisfará, que es lo único que deseo¹.»

El mismo Washington, de propio puño, llevó esa cuenta.

A ese discurso de una sencillez propia de los antiguos, el Congreso contestó con la dignidad y nobleza de senadores romanos.

En la minuta del decreto, confiriendo á Washington el mando

¹ Pitkin, tom. I, pág. 34.

supremo del ejército, se hizo constar una resolucion de los miembros del Congreso declarando: «que apoyarian y auxiliarian al general, y que, con riesgo aun de sus vidas y haciendas, le ayudarian á defender la causa de la libertad norteamericana.»

Además, se le autorizaba para destruir ó hacer prisionero á cualquiera que fuese hallado haciendo armas contra el buen pueblo de las colonias; instrucciones todas que se resumían en estas memorables palabras:

«Se os ha autorizado para disponer del ejército á vuestras órdenes de la manera que juzgueis mas oportuna para conseguir el fin que nos proponemos; en esa grande mision que se os ha confiado, cuidad sobre todo: *de que no sufran detrimento las libertades de América*¹.»

Harto oportuna era en aquellas circunstancias la invocacion de la famosa fórmula romana.

De esa suerte salió Washington á la escena política; nunca ha habido situacion mas crítica, como quiera que el feliz éxito era problemático y la derrota entrañaba para Washington la deshonra y la muerte. No habia ejército; no tenian dinero; aquellas colonias llenas de entusiasmo en los primeros momentos de la lucha, iban presto á entibiarse; todo eso hubiera desanimado á un ambicioso.

Pero Washington no era un ambicioso; era un patriota; no consideró la gravedad del peligro, sino que atendió á su deber. Poco despues hubo defecciones, desconfianzas, cundió el descontento en algunos soldados, pero Washington fué siempre el mismo. Se le ofreció la autoridad suprema y solamente pensó en la patria; ora general, ora presidente, consideró siempre el poder como una carga y un depósito.

De ahí es que al morir, en medio de esos homenajes oficiales cuyo efecto se desvanece presto, se alzo una voz imponente, la voz del Congreso, vestido de luto, proclamando á Washington «el primero en la guerra, el primero en la paz, el primero en el corazon de sus compatriotas.»

Y el Congreso decia la verdad; aun en nuestros días el recuerdo de aquel á quien un presidente llamaba *el primero y el mejor de los hombres*², protege la América recordándole su unidad. Antiguos soldados de Washington, el nombre de su general, su bandera les dicen incesantemente que no se dividan.

¹ Pitkin, tom. I, pág. 334.

² Polk, *Messag.* Dic. de 1847.

Washington ha prestado á la civilizacion el mayor servicio que pueda prestarle un hombre; ha rehabilitado y santificado la honradez política. Con mucha frecuencia el genio no ha sido mas que el egoismo triunfante, con sus inseparables compañeros el egoismo y la servidumbre; los grandes políticos á quienes injustamente admira la historia, fueron objeto de las maldiciones de la humanidad; Washington empero ha demostrado que el genio y la libertad pueden hermanarse, y que no hay gobierno mas fecundo y admirable que el de un grande hombre honrado.

CAPÍTULO XVI.

Declaracion de la independencia.—4 de julio de 1776.

El Congreso de 1775 habia puesto á América en una situacion tan especial, que no reinaba la paz ni ardía la guerra, pudiéndose decir que aquel estado era una defensiva amenazadora, ó una oposicion armada. Mientras el Congreso hacia un último é ineficaz llamamiento á la humanidad del rey de Inglaterra y á la justicia del pueblo inglés, en los precisos momentos en que por vez última hacia protestas del deseo que le animaba de conservar la union con la metrópoli, llegaba Washington á la vista de Boston para tomar el mando del ejército de Massachusetts, primero y muy débil núcleo del ejército continental. Catorce mil hombres mal armados, sin uniformes, no teniendo casi pólvora, instruidos apenas, y desertando muchos cuando comenzaban á estarlo ya, tales eran los recursos á que debia echarse mano para bloquear á Boston¹.

Pero esos hombres eran patriotas, y la guerra habia comenzado ya. En un encuentro mas sério que el de Lexington, en Bunker-Hill, en las mismas puertas de Boston, los ingleses comprendieron que tenian que combatir no contra cobardes, sino contra ciudadanos resueltos á defender su libertad². José Warren, presidente del Congreso provincial, sucumbió en el campo de batalla. Era un hombre jóven, enérgico, elocuente, esperanza de la patria. Su muerte pro-

¹ Lord Mahon, tom. VI, pág. 67.

² Lord Mahon, tom. VI, pág. 60. *Are the Americans cowards?* dijeron los norteamericanos al coronel inglés Abercrombie.

Los ingleses tuvieron 220 muertos y 880 heridos, pero conservaron sus posiciones. Los muertos ó heridos norteamericanos fueron únicamente 430.